

como una teoría de los verbos irregulares». Las costumbres en boga eran el epicureísmo de Faublas. La moral en boga era la promesa de la felicidad universal. Incredulidad, charlatanería huera, sensualismo: he ahí los resortes de esa reforma. Se desencadenaron los instintos y se derribaron las barreras. Se sustituyó la autoridad corrompida con la anarquía desenfrenada. ¿A qué podía conducir una *jacquerie* de aldeanos embrutecidos, desatados por razonadores ateos? «Consumada la destrucción, quedaron los cinco sentidos no saciados, y el sexto insaciable, la vanidad; apareció toda la naturaleza demoniaca del hombre», y, con ella, el canibalismo (1).—¡Pero añadid á lo malo lo bueno, y notad las virtudes al lado de los vicios! Aquellos escépticos creían en la verdad probada, y no querían más autoridad que la suya. Aquellos lógicos no fundaban la sociedad más que en la justicia, y arriesgaban su vida antes que renunciar á un teorema demostrado. Aquellos epicúreos abrazaban en su simpatía á la humanidad entera. Aquellas furias, aquellos obreros, aquellos pobres diablos sin pan ni ropa, combatían en la frontera por intereses humanitarios y principios abstractos. Aquí, como entre vosotros, han abundado la generosidad y el entusiasmo; reconocedlos bajo forma distinta de la vuestra. Aquellos hombres fueron devotos de la verdad abstracta, como vuestros puritanos de la verdad divina; siguieron la filosofía, como vuestros puritanos la religión; tuvieron por objeto la salvación universal, como vuestros puritanos la salvación personal. Combatieron el mal en la sociedad, como vuestros puritanos en el alma. Fueron generosos, como vuestros puritanos fueron virtuosos. Tuvie-

(1) *Revolución francesa*, t. 1, *passim*.

ron, como ellos, un heroísmo, pero simpático, sociable, dado á la propaganda, y que ha reformado á Europa, mientras que el vuestro no servía más que para vosotros.

VI

Ese extremado puritanismo, que subleva á Carlyle contra la Revolución francesa, le subleva contra la Inglaterra moderna. «Hemos olvidado á Dios (1), dice; hemos cerrado tranquilamente los ojos á la sustancia eterna de las cosas, y los hemos abierto á la apariencia y á la ficción. Creemos tranquilamente que este universo es en el fondo un gran acaso ininteligible; por fuera, la cosa es bastante clara: es un aprisco y una casa de corrección muy grande, con inmensas mesas de cocina y de comedor, donde es sabio el que puede encontrar un sitio. Toda la verdad de ese universo es incierta. Lo único visible para el hombre práctico es la pérdida y la ganancia; el *pudding* y su elogio. ¡Para nosotros no hay ya Dios! Las leyes de Dios se han transformado en principios de *la mayor felicidad posible*; la cúpula celeste no se alza ante nosotros más que para proporcionarnos un reloj astronómico, un objeto á los telescopios de Herschel, una materia de fórmulas, un pretexto de sentimentalismos. He ahí la parte verdaderamente apestada, el centro de la gangrena

(1) *Pasado y presente*, pág. 185.
Historia.

social universal que amenaza á todas las cosas modernas con una muerte espantosa. El que bien lo medite, ve surgir aquí, con su tronco y sus raíces, con sus ramas extendidas por todo el universo, con sus malditas y envenenadas exudaciones, el manzanillo á cuya sombra yace y se retuerce el mundo en la atrofia y la agonía. Cuando ahí ponéis la mano, tocáis el foco central de nuestros males, de nuestra horrible nosología de males. Ya no hay religión; ya no hay Dios. El hombre ha perdido su alma, y en vano busca la sal antiséptica que evite la putrefacción de su cuerpo. Es inútil: en los asesinatos de reyes, en los *bills* de reforma, en las revoluciones francesas, en las insurrecciones de Manchester, no encuentra remedio. La inmunda elefancia se alivia por una hora, pero á la hora siguiente reaparece con nueva fuerza y violencia.» Desde la vuelta de los Estuardos somos utilitarios ó escépticos. No creemos más que en la observación, en las estadísticas, en las verdades groseras y sensibles; ó bien dudamos, creemos á medias, con reservas. No tenemos convicciones morales, y no tenemos más que convicciones flotantes. Hemos perdido el resorte de la acción; no asentamos ya el deber en el centro de nuestra voluntad como el cimiento único é incommovible de nuestra vida; nos aferramos á toda suerte de recetas menudas experimentales y positivas, y nos entretenemos en toda clase de placeres, bien escogidos y organizados. Somos egoistas ó *dilettanti*. No miramos ya la vida como un templo augusto, sino como una máquina de grandes ganancias ó como un salón de refinadas distracciones (1). Tenemos ricachos, industriales, banqueros, que predicán el evangelio del oro; y tenemos *gent-*

(1) *Pasado y presente.*—*Folleto del último día.*

lemen, dandies, señores, que predicán el evangelio de la buena vida. Nos matamos á trabajar por amontonar guineas, ó caemos en la insípidez por alcanzar la dignidad de elegantes. Nuestro infierno no es ya, como bajo Cromwell, «el terror de aparecer culpables ante el Justo Juez», sino el temor de hacer un mal negocio ó de faltar á las conveniencias. Tenemos por aristocracia mercaderes rapaces que reducen su vida al cálculo del coste y del precio de venta, y *dilettanti* ociosos cuya gran preocupación es guardar bien la caza de sus tierras. No somos ya gobernados. Nuestro gobierno no tiene otra ambición que mantener la paz pública y recaudar los impuestos. Nuestra constitución sienta por principio que, para descubrir la verdad y el bien, no hay más que hacer votar á dos millones de imbéciles. Nuestro Parlamento es un molino de palabras donde los intrigantes echan los bofes para lograr hacer ruido. Bajo esta tenue capa de convencionalismos y de frases ruge sordamente la democracia irresistible. Inglaterra perece, si un día cesa de poder vender la vara de algodón un céntimo más barata que los demás. A la menor paralización de las fábricas, millón y medio de obreros (1) sin trabajo, viven de la caridad pública. La formidable masa, entregada á los azares de la industria, aguijada por los apetitos, precipitada por el hambre, oscila entre las débiles barreras que crujen; nos acercamos al cataclismo final, que será la anarquía deshecha, y la democracia se agitará entre las ruinas, hasta que el sentimiento de lo divino y del deber la agrupen alrededor del culto del heroísmo, hasta que funde su gobierno y su iglesia; hasta que descubra el medio de llamar al poder á los más vir-

(1) 1842.—Informe oficial.

tuosos y á los más capaces (1); hasta que les entregue su dirección, en vez de imponerles sus caprichos; hasta que reconozca y venere á su Lutero y á su Cromwell, á su sacerdote y á su rey (2).

VII

Hoy, sin duda, en todo el mundo civilizado sube y se desborda la democracia, y todos los moldes en que se vacia son frágiles ó pasajeros. Pero es una proposición singular ofrecerle como solución el fanatismo y la tiranía de los puritanos. La sociedad y el espíritu que Carlyle propone como modelos á la naturaleza humana no duraron ni podían durar más que una hora. El ascetismo de la república produjo el desfreno de la restauración; los Harrisson trajeron los Rochester; los Bunyan suscitaron los Hobbes, y los sectarios, instituyendo el despotismo del entusiasmo, contribuyeron á establecer la autoridad del espíritu positivo y el culto del placer grosero. La exaltación no es estable, y no puede exigirsele al hombre sin injusticia ó sin peligro. La generosidad simpática de la Revolución francesa acabó en el cinismo del Directorio y en las carnicerías del Imperio. La piedad caballeresca y poética de la gran monarquía española dejó á España exhausta de hombres y de pensamientos. La suprema-

(1) *Folletos del último día*, t. 1, Parlamento.

(2) *Pasado y Presente*, pág. 323. «Europa necesita una aristocracia real y un clero real, ó no puede seguir existiendo.»

cía del genio, del gusto y de la inteligencia redujo á Italia al cabo de un siglo á la inercia voluptuosa y á la servidumbre política. El perfecto heroísmo, como todos los excesos, conduce al estupor. La naturaleza humana tiene sus explosiones, pero con intervalos: el misticismo es bueno, pero cuando es corto. Las circunstancias violentas son las que producen los estados extremos: para suscitar grandes hombres se necesitan grandes males, y cuando deseáis contemplar salvadores, os veis en la precisión de buscar naufragos. Si el entusiasmo es hermoso, sus consecuencias y sus orígenes son tristes; no es más que una crisis, y vale más la salud. En este sentido, el mismo Carlyle puede servir de prueba. Quizá hay menos genio en Macaulay que en él; pero cuando uno se ha saturado durante algún tiempo de ese estilo exagerado y demoniaco, de esa filosofía extraordinaria y enfermiza, de esa historia gesticulante y profética, de esa política siniestra y furiosa, se vuelve con gusto á la elocuencia continua, á la razón vigorosa, á las previsiones moderadas, á las teorías probadas del generoso y sólido espíritu que Europa acaba de perder, que honraba á Inglaterra, y á quien nadie reemplazará.